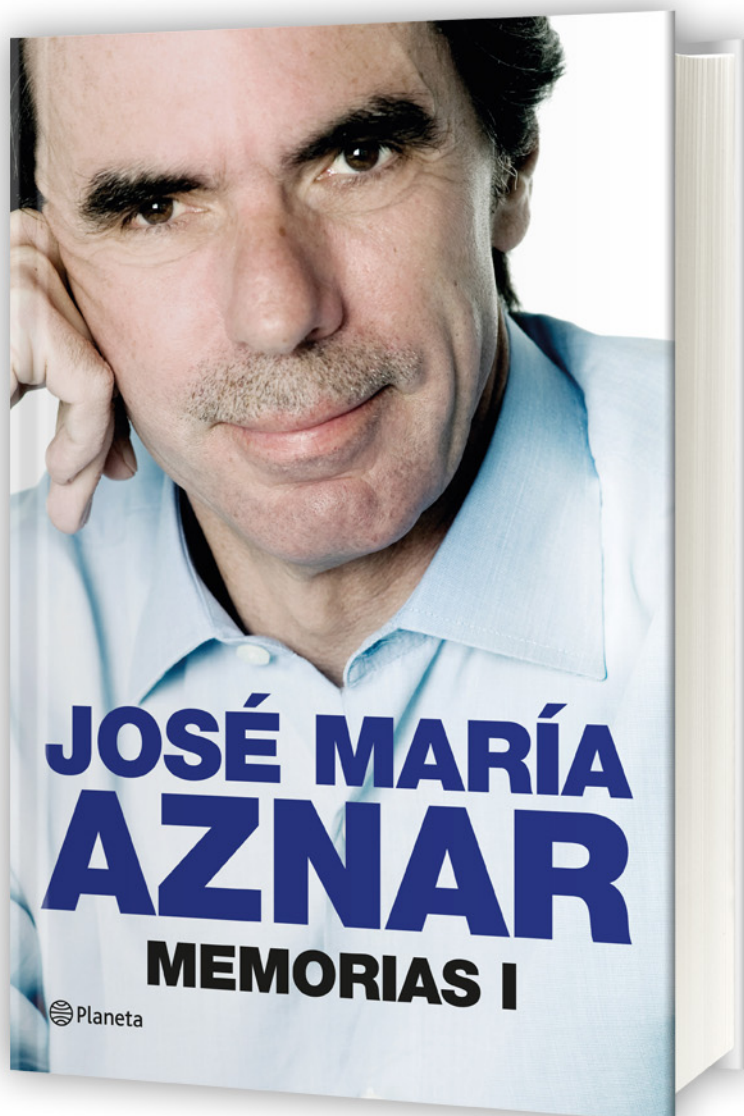


Fragmento

Memorias I

José María Aznar



EL LIBRO QUE DEMUESTRA QUE DE
JOSÉ MARÍA AZNAR NO ESTÁ TODO ESCRITO

JOSÉ MARÍA AZNAR

MEMORIAS I

PRÓLOGO

Mi decisión más difícil

La decisión más difícil que he tomado en mi vida fue la de mantener mi compromiso de no presentarme a un tercer mandato. Es decir, la de voluntariamente no permanecer más de ocho años seguidos en la presidencia del Gobierno de España. Fue una decisión personal, tomada y anunciada con mucha antelación; no fue fruto de ninguna ocurrencia o arrebató, a los que no soy muy proclive. Lo anuncié por primera vez durante una entrevista en una cadena de radio al final de la campaña de las elecciones europeas de junio de 1994. Entonces afirmé que «si alguna vez los españoles me dan la responsabilidad de presidir el Gobierno, sólo me presentaré una vez a la reelección». Era un compromiso firme y sincero, que respondía a dos convicciones que siempre han guiado mi actuación política: la de que cuanto más sólidas son sus instituciones, más fuerte es un país. Y la convicción de que las instituciones se afianzan cuando no existe una excesiva personalización de la política. De eso se trataba: de contribuir al fortalecimiento de las instituciones democráticas de España, y de evitar la tentación de aferrarse al cargo, algo que en aquellos primeros años noventa había derivado en una clara degradación de la vida pública.

La historia demuestra que, pasado un tiempo en el poder, uno se acaba convirtiendo más en un mecanismo de resistencia que en un factor de innovación. Con esto no quiero decir que deba institucionalizarse la limitación de mandatos. Siempre he pensado que es difícil que un país genere oleadas sucesivas de buenos dirigentes, sobre todo en el caso de las comunidades autónomas y los ayuntamientos. Si las legislaturas duraran cinco años en lugar de un máximo de cuatro, tal vez podría contemplarse la limitación a dos mandatos para el Gobierno de la Nación. En todo caso, esta discusión no se planteaba en aquellos momentos. Mi decisión no fue fruto de ningún debate abierto en la sociedad porque ese debate no existía.

¿Por qué fue mi decisión más difícil? Lo fue porque estaba en la plenitud de mi vida política en cuanto a capacidad, resultados y aprobación. Lo fue también porque estaba en la plenitud de mi vida personal. Pero, sobre todo, lo fue porque presidir el Gobierno de España era una tarea que me apasionaba. Para alguien con vocación política, no hay reconocimiento más grande ni responsabilidad mayor que ser el presidente del Gobierno de tu país. Sé que nunca seré nada más importante de lo que he sido. Nunca seré nada parecido.

Por encima de la gestión de mi propia pasión política, me preguntaba si la idea de dejar el Gobierno después de ocho años sería una decisión acertada para España. ¿Estaré entendiendo correctamente la situación del país y mi responsabilidad ante los españoles? ¿Funcionará? ¿Causará un problema mayor? No eran preguntas fáciles de responder. Sin embargo, sobre todas ellas se impusieron la lealtad a la palabra dada y la certeza de que nadie es imprescindible.

La dificultad de la decisión se vio acentuada por la presión ambiental. Mi anuncio de que no optaría a un tercer mandato había tenido una amplia repercusión en los medios, pero muy pocas personas creyeron que fuese a cumplir mi

palabra. Muchos pensaron que se trataba de la típica argucia política: primero la descartaron como una de las tantas promesas electorales que se formulan para llamar la atención, conseguir un titular y captar algunos votos en vísperas de unas elecciones. Y luego, cuando se fue acercando la hora de hacerla efectiva, decretaron que formaba parte de una maniobra astutamente enrevesada para prolongar mi estancia en el cargo por aclamación popular. En opinión de esa mayoría incrédula, al final encontraría un buen pretexto para volver a presentarme. Recuerdo bien un almuerzo con la plana mayor del diario *El País* en la Moncloa. Tras escuchar atentamente mis argumentos, uno de ellos me dijo: «Me parece muy bien lo que has dicho, presidente, pero no lo vas a cumplir».

En el XVI Congreso Nacional del PP, que celebramos del 25 al 27 de enero de 2002, demostré que sí lo haría. En mi intervención como candidato a la presidencia del partido, dije que era la quinta y última vez que me presentaba. Que lo hacía por responsabilidad, para cumplir un compromiso con mi país, con mi partido y conmigo mismo. Que creía que el PP no debía ser nunca un proyecto personal, ni una agrupación al servicio de intereses particulares, ni una máquina de poder, sino que tenía que ser un buen instrumento al servicio de España. Y que lo había meditado a fondo:

«Sé muy bien que en toda decisión hay riesgos y hay ventajas, y estoy convencido de que estas decisiones aportan muchas más ventajas que riesgos. Yo no las hubiera tomado, tal vez, si tuviese o albergase dudas, si no supiese que entre nuestros compañeros, entre nuestros dirigentes, hay personas, mujeres y hombres, con muy grandes cualidades de liderazgo y que tienen que ser puestas cada vez de manifiesto con más intensidad. Tal vez si no pensase que hay jóvenes muy capaces, muy preparados, muy brillantes, en los que merece la pena confiar. Tal vez si no supiese y no hubiese trabajado

tanto por la fortaleza de este partido, por su capacidad y por su proyecto. Tal vez no la hubiese tomado si no supiera que tenemos un gran proyecto capaz de unir a una gran mayoría de los ciudadanos españoles. Y tal vez hubiese tenido dudas si no estuviese convencido de que los españoles, si acertamos, van a seguir confiando en nosotros en las próximas elecciones para ganar, para gobernar y para seguir conquistando nuevas metas para nuestro país. Espero que eso sea así, pero tenemos que poner todos de nuestra parte para que así sea.»

Al escepticismo de unos se sumaba la oposición de muchos otros. Esta oposición se fue recrudeciendo con el tiempo y se hizo especialmente intensa en los meses previos a la propuesta de la persona que debía sucederme al frente del Partido Popular y como candidato a la presidencia del Gobierno. Mucha gente dentro y fuera del partido quería que reconsiderase mi decisión. Su reconocimiento era reconfortante. Me lo reclamaron aquellos a quienes yo pedí expresamente su opinión y me lo solicitaron también algunas personas por iniciativa propia. No sólo en España. Importantes mandatarios internacionales también me animaron a continuar. Para algunos, mi decisión era sencillamente incomprensible. Recuerdo una conversación con el presidente francés Jacques Chirac en la finca de Quintos de Mora, en los Montes de Toledo, con motivo de la última cumbre bilateral hispano-francesa que tuvo lugar bajo mi mandato. Chirac, que relataba los acontecimientos de Mayo del 68 desde su óptica como ministro del general Charles de Gaulle, me reconoció abiertamente sus dudas respecto a la sinceridad de mi compromiso. Me retó: «Si es verdad lo que me dices, me quitaré el sombrero e inclinaré la cabeza». Clinton, en una visita que hizo a España después de dejar la Casa Blanca, me preguntó: «Si la ley no te obliga a ello, ¿por qué lo haces? Si yo pudiera, si en Estados Unidos no existiera la limitación de mandatos, me hubiera gustado ser el

presidente de mi país el resto de mi vida». No fueron los únicos. Otros, como Tony Blair, George W. Bush o Vladimir Putin, fueron especialmente expresivos en sus opiniones a favor de que continuara.

En España, una de las personas que con más vehemencia se manifestó públicamente en contra de mi decisión de no presentarme a la reelección fue Manuel Fraga. Ocurrió en abril del año 2000, en un mitin celebrado en Sevilla con motivo del décimo aniversario del congreso en el que asumí la presidencia del PP y unos días después de nuestra victoria por mayoría absoluta. Desde lo alto del escenario, con toda la fuerza y autoridad que era capaz de exhibir, Fraga soltó: «Si no lo digo, reviento. ¡No hagas planes a menos de diez años! ¡El proyecto que necesita España no puede hacerse en menos de diez años!».

Otros no se atrevían a tanto. Dejaban las invocaciones para conversaciones privadas, de las que tuve muchas, sobre todo a medida que se fue acercando la fecha que me había fijado para hacer efectivo el relevo. Recabé la opinión de mucha gente, sobre todo de dirigentes relevantes del Partido Popular. El propio Fraga, al comprobar que mis intenciones eran firmes, me dijo: «Si hay que aguantar que estés sólo ocho años en el Gobierno, lo aguantaremos. Pero el partido no lo dejes. El partido, no». Le contesté que las decisiones no se pueden tomar a medias.

Con los ministros, salvo contadas excepciones, preferí no abordar el tema. Y a quienes venían a verme con la intención oculta y sin embargo evidente de condicionar mi decisión respecto a la persona que me fuese a suceder, les preguntaba, de forma genérica, cómo veían las cosas. Puesto que las personas —y en especial los políticos— suelen ser precavidas, también me contestaban con generalidades: me pedían que siguiese y luego me hablaban mejor de unos aspirantes

que de otros, dejando entrever sus simpatías y afinidades personales.

Con esta ronda de consultas yo no pretendía trasladar ninguna duda sobrevenida acerca de una decisión que ya estaba tomada, sino transmitir a mis interlocutores que en un momento próximo la maquinaria de la sucesión iba a ponerse en marcha y que debían estar preparados. Además, me interesaba escuchar a unos y otros porque en conversaciones de este tipo uno siempre se entera de cosas interesantes. Como es lógico, también lo hablé con Ana y con mis hijos.

Aunque no pedí expresamente su opinión, tanto Adolfo Suárez como Leopoldo Calvo-Sotelo me trasladaron en reiteradas ocasiones su criterio en contra de una retirada que consideraban prematura. Ambos lo hicieron en nombre propio y, según me pareció entender, por encargo de otras personalidades relevantes del momento. También recibí la visita en la Moncloa de personas que habían sufrido la violencia del terrorismo, víctimas de ETA y sus familias, a quienes escuché con especial interés, atención y —debo reconocerlo— emoción. No olvidaré lo que me dijeron: «¿Qué va a ser de nosotros cuando ya no estés en el Gobierno?». Pero la decisión estaba tomada y yo iba a cumplir mi palabra.

El viernes 29 de agosto de 2003, al finalizar el Consejo de Ministros, pedí a todos que se quedaran un momento: «Ha terminado el Consejo de Ministros. Os pido que os quedéis un minuto. Ha llegado el momento. Quiero que sepáis que he dado instrucciones al secretario general del partido, Javier Arenas, para que convoque un Comité Ejecutivo el lunes que viene y una Junta Directiva el martes. Quiero proponer al partido la persona que creo que debe ser el próximo candidato a la presidencia del Gobierno».

Esa misma tarde, llamé a todos los dirigentes regionales del Partido Popular para decirles que la decisión estaba tomada y para pedirles su respaldo. Todos me mostraron su apoyo.

A última hora, pedí a Mariano Rajoy que viniera a verme a mi despacho. Nos sentamos frente a frente. Le di las gracias por venir. Me dijo: «Presidente, prefiero que no me digas lo que intuyo que me vas a decir. Pero quiero que sepas que siempre te estaré agradecido. Nunca olvidaré que me has hecho cinco veces ministro y, además, vicepresidente del Gobierno. Con esto, todas mis aspiraciones políticas están más que colmadas». Le contesté: «Gracias, pero te lo voy a decir. Creo que tú eres la persona adecuada».

Fue una conversación breve, pero intensa en emociones. A Mariano se le veía muy contento y, lógicamente, también abrumado. Me dijo que aceptaba el encargo y yo sólo le pedí que de momento no le comentase nada a nadie. «Esta conversación es sólo entre nosotros, porque la convocatoria con los demás, incluido tú mismo, será mañana.» Recuerdo que me preguntó: «¿Ni siquiera a mi padre?». «Ni siquiera a tu padre.»

A mediodía del sábado, convoqué a Mariano Rajoy, Rodrigo Rato y Jaime Mayor Oreja en la Moncloa. Pedí que se sumara a la reunión Javier Arenas, como secretario general del partido. Nos sentamos en torno a una mesa baja en mi despacho. Todos sabían a qué venían y fui directamente al grano. Les dije que eran unos momentos muy difíciles y muy importantes para todos, que teníamos una responsabilidad muy grande y que el único criterio que yo había tenido en cuenta a la hora de tomar la decisión sobre la persona que quería proponer como sucesor era el interés general. El interés de España. También les dije que era muy consciente, probablemente más que nadie, de que los tres tenían grandes cualidades, pero que las decisiones se toman en un momento determinado, con un horizonte concreto. En aquellas circunstancias,

frente al complicado panorama que se abría ante nosotros y ante el país, mi opinión era que la persona más indicada para sustituirme como líder del Partido Popular y candidato a la presidencia del Gobierno de España era Mariano Rajoy. Recuerdo mis palabras:

«No hace falta que os diga el aprecio y la gratitud que os tengo por todo el trabajo de estos años. Sólo quiero que entendáis que en mi decisión no he pensado en nada más que en intentar servir lo mejor que sé al interés general de España. Con este criterio, he pensado que la persona que mejor puede hacerse cargo de la situación en estos momentos es Mariano.»

Le pregunté si aceptaba. Aceptó y agradeció. Jaime y Rodrigo también dijeron que aceptaban la propuesta. Como es natural, su respuesta llevaba aparejada una cierta resignación, pero también una disponibilidad clara e incondicional para colaborar con Mariano, y así lo manifestaron los dos. Les dije que iba a hacer una cesión completa de mis responsabilidades en el partido. Eso implicaba que Mariano debía asumir la secretaría general del PP con todos los poderes y dejar la vicepresidencia del Gobierno, que pasaría a ejercer Javier Arenas. Javier aceptó el cargo, se puso a disposición de Rajoy y los cinco salimos al jardín para comer. Antes del almuerzo hice dos llamadas: al Rey y a Manuel Fraga. El Rey tomó nota de la decisión y Fraga me dijo: «Me alegro porque has elegido la mejor opción». No estoy seguro de que fuese lo que pensaba, pero ésas fueron sus palabras. Después le dije a Mariano: «Ya puedes llamar a tu padre».

Al día siguiente, el domingo 31, invité a Mariano y a su mujer, Elvira Fernández, a quienes todos llamamos *Viri*, a que nos acompañasen a Ana y a mí a la finca toledana de Quintos de Mora. Allí tuvimos la oportunidad de hablar con profundidad sobre las implicaciones y procedimientos de la sucesión. Yo quería trasladarle a Mariano cercanía y tranqui-

lidad porque él y yo no habíamos sido amigos como lo éramos algunos otros de la misma generación política del PP. Además, yo era consciente, porque lo había vivido con Fraga, de que todas las sucesiones son difíciles. Por eso le insistí mucho a Mariano en que a partir de ese momento debía hacer las cosas a su aire, a su manera. Le dije que eligiera a sus colaboradores, que teníamos mucha gente muy buena y muy preparada: «Tienes toda la libertad para tomar las decisiones que tengas que tomar. Cuando lo consideres necesario, me llamas. Y si no lo consideras necesario, no me llamas». En definitiva, quería que Mariano se sintiese absolutamente libre para tomar todas las decisiones que le pareciesen oportunas. Y eso incluía, por supuesto, las decisiones sobre las personas. No le sugerí ningún nombre, ni aquel día ni después. Jamás le propuse a nadie. Rajoy me comunicó allí mismo, en Quintos de Mora, su primera decisión: «Quiero que mis colaboradores principales sean Ángel Acebes y Eduardo Zaplana». Incluso llamó a Ángel delante de nosotros. Más adelante me dijo que quería a Gabriel Elorriaga para dirigir su campaña electoral. Tampoco ese nombre se lo sugerí yo, aunque conocía bien la capacidad de Gabriel porque estuvo en mi Gabinete durante nuestra primera legislatura en el Gobierno.

También le dije a Mariano que no asistiría a las reuniones del partido. Y así fue. Rompí esa norma de forma excepcional dos veces. Acudí al Comité Ejecutivo celebrado tras la derrota electoral de marzo de 2004 porque no quería que se pudiera pensar que intentaba esconderme o que no daba la cara. Si hubiésemos ganado, no habría ido para evitar que se dijese que pretendía apropiarme de parte de la victoria. Y acudí al Comité Ejecutivo celebrado tras el triunfo electoral de noviembre de 2011 para manifestar mi alegría y felicitar al nuevo presidente del Gobierno y al conjunto del partido.

Nadie me obligó a irme, y si lo hice no fue para seguir

ejerciendo el poder. Si hubiera querido seguir ejerciéndolo, me habría quedado. Me fui porque creí que eso era lo mejor para España. Y me fui con todas las consecuencias. El 2 de septiembre de 2003, la Junta Directiva Nacional refrendó a Mariano Rajoy como secretario general del PP y candidato a la presidencia del Gobierno. A partir de ahí, Mariano pudo actuar con total libertad, y así lo hizo.

Es evidente que un relevo como el que estábamos protagonizando tenía sus complicaciones. Se trataba de una situación inédita: en la política española nunca había ocurrido que un presidente del Gobierno en ejercicio, y menos aún con el respaldo mayoritario de los ciudadanos, decidiese ceder voluntariamente el testigo y renunciar a la posibilidad más que verosímil de un tercer mandato. Sin embargo, ocurrió, y creo que, en líneas generales, la operación salió bien. De hecho, estoy seguro de que habría salido perfectamente si no hubiese sido por los atentados del 11 de marzo de 2004.

Entre los dirigentes y cuadros del partido, la actitud ante la sucesión era, en general, de acatamiento. Unas veces había resignación y otras no tanto. El grito de «¡no te vayas!» en los mítines de la campaña de las elecciones municipales de mayo de 2003 me emocionaba. Guardo un profundo agradecimiento a los militantes y simpatizantes del partido por esas manifestaciones de aprecio y lealtad. Según las informaciones que me llegaban, aunque nadie en el partido quería que me fuera, una vez asumido que lo iba a hacer, todo el mundo estaba dispuesto a aceptar a la persona que propusiese para liderar el PP. Creo que a esas alturas, conociéndome como me conocían, siendo como soy una persona bastante previsible, sabían que respetaría una cierta jerarquía interna en el partido. Lo que yo llamo la jerarquía histórica del PP.

Desde el principio, había tenido claras la necesidad y la importancia de respetar esa jerarquía. Para el partido y para

España. Primero, porque la política española ya se había rejuvenecido mucho desde la Transición, incluso demasiado, con saltos generacionales muy grandes. Y, segundo, porque España y el Partido Popular estaban por fin en una posición objetiva de fortaleza que hacía posible la continuidad sin crisis. España se había convertido en un ejemplo de pujanza económica, bienestar social y proyección internacional. No hubiese sido lógico ni justo ni positivo que una decisión absolutamente personal como la que yo había tomado de no optar a un nuevo mandato acabase afectando a toda una generación del PP. Era una generación de políticos muy brillantes, que habían colaborado conmigo de manera leal y eficaz durante muchos años. Quería que mi decisión formase parte de un proceso lógico en el que, en la medida de lo posible, se respetase el orden natural de los liderazgos dentro del partido. Y eso significaba que la persona llamada a sucederme debía estar entre los tres dirigentes con más peso histórico y político en el PP: Rodrigo Rato, Jaime Mayor Oreja y Mariano Rajoy.

La preocupación por preservar una cierta continuidad en el partido no suponía una aversión al cambio. Era consciente de que la sucesión supondría en muchos sentidos un punto de partida. Es más, estaba convencido de que la persona que me relevase debía representar algo distinto. De ninguna manera quería favorecer con mi actitud la impresión de que yo pretendía seguir manejando el partido desde la sombra. Entre otras cosas, porque conocía muy bien la historia del PP, con sus virtudes y sus defectos.

A la hora de valorar las distintas opciones, los criterios fundamentales eran, para mí, tres: que se garantizase una continuidad básica de las políticas desarrolladas con éxito por el Partido Popular en el Gobierno; que se preservase la jerarquía interna del partido, sin rupturas generacionales innecesarias,

y que la persona que me relevase no fuese ni pudiese ser vista por nadie como una prolongación personal mía.

En mi entorno más cercano, había opiniones muy variadas respecto a quién reunía mejor estas condiciones. Unos eran partidarios de unos, otros de otros; unos consideraban más apropiados a unos, y otros, a otros. El debate no se circunscribía a las tres personas ya citadas. También se especulaba con los nombres de Ángel Acebes, de Alberto Ruiz-Gallardón y, en algunos círculos del partido, con el de Eduardo Zaplana. El nombre de Acebes circuló mucho, hasta el punto de que, media hora antes de que se hiciese público que yo iba a proponer a Mariano Rajoy, la Cadena SER anunció como gran exclusiva que el sucesor era Ángel.

En un momento dado, me informaron de que Rodrigo y Mariano habían llegado a una suerte de pacto o acuerdo: en caso de que el sucesor fuese uno de ellos, lo aceptarían, pero si finalmente resultaba ser cualquiera de los más jóvenes, intentarían cerrarle el paso.

El dato no me generó la más mínima inquietud: me parecieron movimientos lógicos de personas con una legítima ambición, que esperaban hacer valer su peso y autoridad en el partido. Sin embargo, sí me confirmó la impresión que yo ya tenía acerca de las posibles consecuencias de mi decisión: si al final me decantaba por uno de los dirigentes de la nueva generación —alternativa que, como he dicho, tenía sus candidatos, sus argumentos y sus defensores—, el conjunto del partido lo habría aceptado, pero las personas con legítimas aspiraciones no lo habrían considerado justo ni razonable. Por tanto, lo más conveniente era respetar el orden natural de las cosas, sin más emociones que las estrictamente necesarias, que ya eran bastantes.

Hubo sólo un momento en el que llegué a plantearme la posibilidad de proponer a una persona de la nueva generación

del PP. Fue ante la hipótesis de que las elecciones municipales y autonómicas nos fueran tan mal como pronosticaban algunas encuestas. Estaba convencido de que podíamos ganar y salí a ganar. Pero si hubiéramos sufrido el batacazo que quería la izquierda, quizás habría llegado el momento de considerar que los dirigentes de mi generación cediésemos el testigo a la siguiente. En todo caso, esta hipótesis ni siquiera llegó a plantearse porque los resultados de las elecciones municipales fueron excelentes. Incluso mejoramos en medio millón de votos el resultado de 1999.

Con el criterio de la jerarquía histórica del PP, el sucesor natural parecía ser Rodrigo Rato. Así lo entendí y así se lo hice saber unos días después de nuestra victoria en las elecciones generales de mayo de 2000. Le pregunté a Rodrigo qué quería hacer. Teníamos que formar Gobierno y le ofrecí la posibilidad de escoger el puesto que quisiese: ministro de Economía y Hacienda, como hasta entonces; ministro de Asuntos Exteriores; vicepresidente primero del Gobierno; o incluso compatibilizar el Ministerio de Asuntos Exteriores con la vicepresidencia primera del Gobierno. Rodrigo me contestó que le gustaría seguir al frente del Ministerio de Economía, pero que ya no quería ocuparse de los asuntos de Hacienda. Es decir, me proponía que volviésemos a crear un Ministerio de Hacienda desgajado del de Economía, como antes de nuestra llegada al Gobierno en 1996. La idea no me gustaba nada, pero la acepté. Primero, porque me lo pedía Rodrigo. Y, segundo, porque contábamos con personas competentes para gestionar la Hacienda Pública y pensé que ello podía contribuir a reforzar un área importante.

Lo que desde luego no me parecía razonable era que ni Rodrigo ni nadie fuese al mismo tiempo vicepresidente primero y ministro de Economía. Es cierto que a partir de septiembre de 2003, tras la salida de Mariano del Gobierno, Ro-

drigo compatibilizó ambos cargos y dejó la vicepresidencia segunda en manos de Javier Arenas, al que Rajoy había sustituido como secretario general del PP. Pero estábamos ya en la recta final de la legislatura, a pocos meses de las elecciones generales. Como regla general, mi opinión era contraria a la acumulación de estos dos cargos, por una razón muy sencilla: en ese momento me parecía que la carga de trabajo del vicepresidente primero era ya lo suficientemente abultada como para que la misma persona tuviese que ocuparse también de los asuntos económicos.

Unos meses después de nuestro primer intercambio, tuve una segunda conversación con Rodrigo sobre sus aspiraciones. Fue en las Navidades de 2000, en un largo viaje en coche que hicimos juntos a la estación de esquí de Baqueira, en los Pirineos. Rodrigo y yo teníamos una relación de mucha confianza y llegamos a ser muy amigos, no sólo porque llevásemos trabajando más de veinte años juntos. Nos conocemos desde el año 1978. Nuestros padres habían sido amigos por su relación con el mundo de la radio. Nuestras madres eran amigas por ser asturianas las dos y conocerse desde jóvenes. Y también nuestras mujeres, Ana Botella y Gela Alarcó, eran amigas. Rodrigo tiene cerca de Carabaña, en la Alcarria, un molino muy bonito en el que pasamos muchos fines de semana en familia. También acudimos allí casi todas las jornadas de reflexión antes de las elecciones.

Durante aquel viaje en coche a Baqueira, le anuncié a Rodrigo que iba a cumplir mi compromiso de no estar más de ocho años en el Gobierno. Le dije que debía pensar seriamente si quería ser el próximo líder del PP y el candidato a la presidencia del Gobierno. La primera reacción de Rodrigo fue decirme que mi renuncia provocaría un lío monumental y que debía reconsiderar mi decisión de no presentarme. Esa misma noche me planteó objeciones concretas a su candida-

tura. Me dijo que por motivos personales —tenía niños muy pequeños— no se veía capaz de asumir una responsabilidad tan relevante en esos momentos.

Esa misma semana volví a insistir: «Piénsate bien lo que te he dicho. Aún faltan cuatro años. Tienes tiempo. Yo no hablaré del asunto con nadie». Esta vez Rodrigo no me contestó directamente. Tres meses después me encontré con su respuesta en una carta dominical del director de *El Mundo* que se titulaba «Rodrigo no quiere». Lo que no me había dicho a mí se lo había contado a un periodista. No volvimos a hablar del asunto hasta el verano de 2003, unos días antes de marcharnos de vacaciones. Entonces fue Rodrigo quien puso el tema sobre la mesa. Me anunció que había cambiado de opinión y que ahora sí quería ser el candidato del PP a las elecciones generales previstas para el mes de marzo siguiente. Le contesté: «Tú me has dicho dos veces que no». Y él respondió: «Pero ahora te digo que sí». No le contesté nada. Sólo tomé nota.

Nuestra última conversación a solas sobre la sucesión tuvo lugar ya a finales de agosto de 2003, el sábado 30 por la tarde, después de la reunión en la que les anuncié a los tres y a Javier Arenas mi decisión. Cuando terminamos de comer, le pedí a Rodrigo que se quedase un momento. Quería tener un gesto de deferencia hacia él. Entonces me volvió a decir: «Pues ahora hubiese querido». Yo sabía que él quería. Lo sabía entonces y lo supe en el momento de tomar la decisión. Sin embargo, después de una reflexión larga y profunda, había llegado a la conclusión de que elegir a Mariano en lugar de a Rodrigo tenía más ventajas que inconvenientes.

La designación de Rajoy obligó a Rato a reflexionar sobre su futuro y a rehacer sus planes. Poco después de nuestra comida en la Moncloa, me pidió ayuda para optar a un puesto de gran relevancia económica y política: la dirección del Fon-

do Monetario Internacional (FMI). Era una apuesta complicada. Había otros candidatos de mucho peso, como el francés Jean Lemierre, presidente del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, o el italiano Mario Monti, entonces comisario de Competencia de la UE y ahora primer ministro de su país. Pero Rodrigo tenía posibilidades: gozaba de mucho prestigio y era un hombre muy respetado, también fuera de nuestras fronteras. Rodrigo fue decisivo en el gran éxito económico español de los ocho años de mi Gobierno y así era reconocido por todos. Contaba con el apoyo de Francia: no directamente de Chirac, pero sí del entonces primer ministro, Jean-Pierre Raffarin. Y, lo más importante, España había conseguido una posición de fortaleza internacional inimaginable unos años antes. Teníamos voz y voto. Contábamos.

En cuanto Rodrigo me lo pidió, me puse manos a la obra y comencé a recabar apoyos para su candidatura. Lo hice con mucho gusto. Llamé personalmente a cuatro personas: George Bush, Tony Blair, Jacques Chirac y Gerhard Schroeder. De los cuatro, los realmente determinantes, por su peso y capacidad de influencia, eran Bush y Blair. A ellos les pedí de manera especial que respaldasen a Rato. La respuesta de ambos fue incondicionalmente positiva: me aseguraron un apoyo cerrado para Rodrigo y se lo dieron, incluso después de que perdiéramos las elecciones.

Quizás por eso me costó comprender la posterior reacción de Rodrigo. Yo era consciente de su decepción ante el desenlace de la sucesión y sabía que, después de tantos años de amistad, nuestra relación ya no sería la misma. Sin embargo, no esperaba que Rodrigo pusiese una distancia tan grande desde tan pronto. Yo le llamaba para interesarme por el buen desarrollo de nuestras gestiones para lograr su nombramiento al frente del FMI, pero él a mí no me llamaba para contarme nada. La constatación de que se había abierto una brecha se

produjo con motivo de la primera visita que Rodrigo realizó a España ya como director gerente del FMI, en la que se citó con una amplia representación del mundo político y económico español. A mí no me llamó.

Con Jaime Mayor, las cosas fueron más fáciles. Su reacción tras conocer que yo me decantaba por Mariano como candidato fue de absoluto respeto, colaboración y lealtad. Nunca, ni en aquel momento ni después, me hizo la más mínima insinuación ni el más mínimo reproche. Probablemente, Jaime era consciente de que tenía menos posibilidades que Rodrigo o Mariano. No porque no contase con mi afecto, respeto y consideración personal, que sabía que los tenía y en gran cantidad. Jaime y yo somos muy amigos. Siento especial afecto por su mujer, Isabel, y por sus hijos, y tengo gran admiración por el papel que ha desempeñado desde los años setenta en el País Vasco. Supo lo que era enfrentarse a una campaña de exterminio como la que padeció la UCD en aquellos años y como la que luego padecimos en el PP. Siempre le agradeceré que aceptara la candidatura a la alcaldía de San Sebastián tras el asesinato de Gregorio Ordóñez y su magnífico trabajo como ministro del Interior. Jaime es un hombre con principios y que dice la verdad. El problema era que había apostado muy fuerte en una partida arriesgada. Esa partida fueron las elecciones vascas de mayo de 2000. Si Jaime hubiese conseguido desalojar al PNV del poder con el apoyo de los socialistas, creo que él mismo habría presentado su candidatura al liderazgo del Partido Popular. De hecho, había alcanzado un acuerdo con Nicolás Redondo Terreros que le despejaba el camino en sus aspiraciones nacionales: en caso de sumar los escaños suficientes para gobernar el País Vasco, Jaime sería presidente del Gobierno vasco los dos primeros años y Nicolás, los dos últimos. Era una operación política de gran envergadura. De haber tenido éxito, habría cambiado el rum-

bo político del País Vasco y del conjunto de España. Pero no salió como todos deseábamos.

Dentro de la jerarquía histórica del partido, el otro candidato natural era Mariano Rajoy. Mariano había tenido una exitosa carrera política desde principios de los años ochenta en Alianza Popular en Galicia. Conocía el partido como pocos y había sido un gestor eficaz en nada menos que cinco ministerios y en la vicepresidencia del Gobierno. De los tres aspirantes más claros a la sucesión, Mariano era el menos amigo mío. Teníamos un trato muy cordial, pero no era lo que cualquiera puede entender como un amigo. En todos los años en los que trabajamos juntos, ninguno de los dos había descolgado nunca el teléfono para decirle al otro «vamos el sábado a cenar», algo que sí ocurría con Rodrigo y con Jaime.

Esta falta de cercanía personal no afectaba en nada mi valoración sobre su capacidad política. Además de su historial de servicios en el partido y el Gobierno, Mariano parecía la persona más indicada para abordar los dos grandes retos del momento: proporcionar al Gobierno cierta continuidad política, con tranquilidad y sin sobresaltos, y neutralizar el ataque de la izquierda y de los nacionalismos contra el entonces previsible tercer mandato del PP.

En esos meses, era ya evidente que la izquierda estaba dispuesta a hacer lo que fuera para impedir que el Partido Popular volviese a ganar. Lo percibí con claridad tras la catástrofe del *Prestige*, cuando los socialistas responsabilizaron al Gobierno de que un petrolero naufragara en alta mar. Su política era la del todo vale para expulsar al PP del Gobierno. En esa estrategia se unieron al nacionalismo.

Tras nuestra victoria por mayoría absoluta en el año 2000, yo había hecho un intento serio de integrar al nacionalismo catalán. Había invitado a Convergència i Unió a entrar en el Gobierno en lo que podía convertirse en una gran ope-

ración de Estado que habría beneficiado mucho a Cataluña y al conjunto de España. Pero Pujol, como tantas veces a lo largo de su trayectoria política, había optado por objetivos coyunturales. Tres años después, el Gobierno catalán había cambiado de color, pero su estrategia de separación y enfrentamiento seguía siendo la misma. O peor. Primero fue el acuerdo de Gobierno entre el PSC y Esquerra Republicana de Catalunya. Luego vendrían el Pacto del Tinell para la exclusión del PP de la vida pública catalana, y la entrevista del vicepresidente de la Generalitat, Josep-Lluís Carod-Rovira, con la cúpula de ETA en Perpiñán. Yo tenía la impresión de que el desafío no había hecho más que empezar. Así lo había podido comprobar en la primera reunión que mantuve con Pasqual Maragall tras su investidura como nuevo presidente de la Generalitat, en noviembre de 2003.

Sentados en el despacho oficial de la Moncloa, interrogué a Maragall acerca de sus proyectos y objetivos. Me contestó que él quería ser como el gobernador de Nueva York, que mandaba sobre todas las áreas de gobierno y tenía una policía federal. Le contesté que en Estados Unidos la policía federal es una institución llamada FBI y que ni el gobernador de Nueva York ni el gobernador de ningún otro estado tiene competencias sobre ella. Pero él insistía en su reivindicación: «Yo quiero ser como el gobernador de Nueva York». Según Maragall hablaba, yo pensaba: «Esto no tiene sentido; esto no va a ningún sitio». Cuando acabó con lo del gobernador, siguió con el AVE. Me explicó que había que cambiar todo el planteamiento de las obras públicas en España: en lugar de un AVE Madrid-Barcelona, había que construir un AVE Barcelona-Bilbao y otro Barcelona-Valencia, porque eso era lo justo y lo conveniente. Yo le escuché en silencio, hasta que, para terminar, me planteó su tercera exigencia. El Gobierno, me dijo, tenía que «aumentar el respeto y el reconocimiento a la

lengua catalana». Le pregunté: «¿Y eso qué significa?». Maragall me contestó: «Pues que hay que respetarla más». «¿Y eso en qué consiste?» «En respetarla más.» Así terminó nuestra conversación. Una conversación circular, absurda, inútil, en la que Maragall no me decía lo que realmente pretendía porque no me lo podía decir.

Lo que de verdad pretendía Maragall se hizo explícito pocos meses después, cuando publicó un artículo en *El País* titulado «Madrid se va» y cuando, en una conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI, afirmó que «cuatro años más de Aznar y España estalla». Maragall no buscaba un buen acuerdo para Cataluña, sino la confrontación con el PP y su exclusión de la vida pública. Su verdadero planteamiento era «cuatro años más de Aznar y hacemos que estalle España».

En este contexto, con la izquierda y los nacionalistas dispuestos a hacer lo que hiciera falta contra el PP, incluido socavar los principios del régimen constitucional —empezando por el consenso básico sobre el que se fraguó la Transición—, me incliné por Rajoy. Me parecía que la personalidad de Mariano era la más adecuada para gestionar un reto de estas características. Quizás porque era la más alejada de la mía, lo que en aquellas circunstancias me parecía una ventaja. Si hubiese pensado que Rato iba a administrar mejor el desafío del nacionalismo, lo habría propuesto. Pero, en este tema, Mariano me inspiraba más confianza. Rajoy y yo compartíamos la misma postura ante el nacionalismo. Mariano no sentía la menor simpatía hacia los nacionalistas —buena prueba eran sus años en la Xunta de Galicia—, pero, en cambio, sabía bien lo que era el Estado autonómico. Además, nunca se había refugiado en el burladero ante situaciones difíciles, como demostró frente a la manipulación que hizo la izquierda del desastre del *Prestige*.

No sería capaz de identificar el momento exacto en el que tuve claro que el mejor de los candidatos para afrontar los

retos que entonces tenía España era Mariano Rajoy. Sí recuerdo que en noviembre de 2002 su nombre ya estaba escrito en mi cuaderno azul.

El 15 de noviembre de 2002, cogí un viejo Boeing 707 de la Fuerza Aérea con rumbo a la República Dominicana. Me acompañaban Ana y un grupo reducido de mis colaboradores. En otro avión viajaban los Reyes y la ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio. Nos dirigíamos a la XII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno que se iba a celebrar en la localidad dominicana de Bávaro. Cuando sobrevolábamos el Atlántico, el secretario general de la Presidencia, Javier Zarzalejos, me avisó de que teníamos un problema. El comandante le había pedido que me transmitiera que, según todos los indicios, estábamos perdiendo líquido hidráulico. Aún no tenía claro si se trataba de una avería real o de un fallo en los sensores.

Le pedí al comandante que me explicara la situación. Me dijo que estábamos en contacto con Torrejón para averiguar el alcance del problema. Le pregunté qué consecuencias tendría la pérdida de líquido hidráulico y me contestó que no se podría bajar el tren de aterrizaje. En cuanto me confirmaron que la avería era muy seria y que no teníamos combustible suficiente para regresar a España, me puse en contacto con el avión del Rey para decirle a Don Juan Carlos dos cosas: primero, que nos adelantaran porque teníamos un problema mecánico potencialmente grave. Y, segundo, que si nos ocurría algo, en la cartera que llevaba conmigo en el avión había un cuaderno azul en el que estaba apuntado el nombre de la persona que en mi opinión debía hacerse cargo de la situación. No le dije nada más. Como si fuese fácil encontrar los restos de un cuaderno azul en un avión siniestrado... En todo caso, no fue necesario. Al final, bajaron el tren de aterrizaje a mano y conseguimos tomar tierra. Fue el último esfuerzo de aquel

viejo Boeing. Se quedó varado en mitad de la pista con todos nosotros dentro. Recuerdo la hora de agobiante calor que tardaron en evacuarnos con una mezcla de espanto y alivio.

Diez meses después, el 2 de septiembre de 2003, tras ser refrendado por la Junta Directiva Nacional, Mariano Rajoy asumió el control total del Partido Popular: le cedí todas las funciones de la presidencia del PP y me quedé en el Gobierno. De vez en cuando intercambiábamos impresiones sobre la evolución de la situación política, pero no interferíamos en las tareas o responsabilidades del otro. Ni yo consultaba con Mariano las decisiones del Gobierno ni Mariano me consultaba a mí las suyas como secretario general del PP y candidato a las elecciones generales, que convoqué para el domingo 14 de marzo de 2004. Él decidió el tipo de campaña que quería hacer y los temas que debían centrarla. Y yo me puse a disposición de mi partido para lo que quisieran. Es lo que me había comprometido a hacer en el Congreso Nacional de enero de 2002 y es lo que hice:

«Yo deseo ver a España, a nuestro país, convertido en una de las mejores democracias del mundo y, si me permitís la expresión, “donde me toque”. Pero yo no voy a parar. No voy a dejar de pensar y no voy a dejar de trabajar en otra cosa que en hacer de nuestro país una de las mejores democracias del mundo, sencillamente porque queremos serlo, porque tenemos capacidad para serlo.»